

FERNANDO VEGA DE SEOANE

Si la vida te da limones, pide tequila



FERNANDO VEGA DE SEOANE

SI LA VIDA
TE DA LIMONES,
PIDE TEQUILA

m̄r

© Fernando Vega de Seoane, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

www.mrediciones.com

Edición y fijación de texto: Emma Lira

Primera edición: noviembre de 2022

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

ISBN: 978-84-670-6673-9

Depósito Legal: B. 19.122-2022

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Impresión: Unigraf, S. L.

Printed in Spain/Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

1. Cuestión de segundos	11
2. Bea	23
3. Confiar	37
4. Ausencia	55
5. El tsunami Instagram	83
6. Que las emociones jueguen a tu favor	97
7. Cadena de pequeños objetivos a corto plazo	115

8. <i>Be Your Best</i>	135
9. Toca practicar	147
10. Un laberinto de dificultades	167
11. Moverse	183
12. Ahora es el futuro	203

1

CUESTIÓN DE SEGUNDOS

La primera sensación es el hielo. El frío en la cara. La textura de la nieve escarchada en los labios. Eso y el silencio. Un zumbido sordo en los oídos y el corazón, como un bajo, bombeando en ellos. A mi alrededor, el piar permanente de los pájaros se ha apagado. Algo me dice que han salido volando, que el impacto les ha asustado. ¡Qué cachondos! ¡Y a mí!

Me parece oír el siseo de los esquís, las voces de mis amigos gritando mi nombre, pero todo suena muy lejos, amortiguado. O quizá sea tan solo en mi imaginación.

Estoy junto al tronco enorme de un pino, al borde de la pista, boca abajo... La nieve que se ha desprendido de sus ramas con el golpe cae aún sobre mí, como una ventisca a cámara lenta. Me paso la lengua por los labios helados y sien-

to el sabor graso del cacao. De alguna manera es un consuelo pequeño, mínimo, fugaz. No me veo desde arriba flotando. Noto mi cara enterrada en la nieve.

Estoy vivo.

¿Qué ha pasado? No soy capaz de precisar el último instante que recuerdo, no lo sé... La escena la he vivido a cámara lenta y, sin embargo, me cuesta procesar el momento tan *heavy* que estoy viviendo porque, la verdad, es que todo está sucediendo a un ritmo frenético.

Es un sábado de invierno en Baqueira, rodeado de amigos. Un 22 de enero con unas condiciones perfectas, con ese sol radiante de los días de frío en la montaña, con una nieve en polvo recién caída que se acumula inmaculada en los árboles. Un paisaje espectacular, el día soñado para cualquier esquiador. Si Bea estuviera aquí, ya me estaría contando cómo llevar esta maravilla a sus acuarelas... Cada detalle, cada matiz, lo analizamos comprendiendo que la vida es mucho, mucho más de lo que percibimos.

* * *

He resbalado en el hielo. Lo recuerdo todo. Nos hemos dividido en tres grupos y el mío se ha decantado por el descenso de la pista de La Peüllla. No es la que mejor conozco, pero es una de las últimas ampliaciones de la estación y merecía la pena echar un vistazo a esta zona que se presenta como un balcón sobre el Val de Ruda, respunteado de pinos, como en una postal de Navidad. Recuerdo la subida en la silla. Nunca

me canso de observar el paisaje desde aquí. El bosque, a mis pies, está tan espectacular que grabo un vídeo y se lo mando a Bea.

—Gordi —le digo a la cámara antes de pasearla por el mundo a mi alrededor—, mira cómo está todo de bonito. A ver si encontramos un hueco tú y yo solos para escaparnos juntos.

Estoy con mi grupo de amigos. Es nuestro primer día entero allí y nuestra segunda bajada. Llevamos los cantos de los esquís recién afilados, como las espadas de un legionario romano ante la batalla, y el mismo nivel de motivación.

Es muy temprano. Bajamos casi en una fila perfecta, de uno en uno. Yo voy el primero y me siento un poco explorador. Es un privilegio disfrutar de la conexión con la naturaleza, del control del cuerpo en cada movimiento. Todo es perfecto. La visibilidad. La temperatura. El estado de la pista... Los palos marcan cada uno de los giros y los esquís arrancan chispas de nieve, como en una coreografía. Casi al final hay un estrechamiento que no se percibe con claridad y, tras él, una curva, en la que las bajas temperaturas nocturnas han creado una placa de hielo. Quizá una hora más tarde los rayos del sol ya la habrían derretido. Pero no es una hora más tarde.

Los esquís rozan el hielo, pierdo el control y salgo volando pesadamente, con la inercia de la velocidad y la pendiente, despedido contra la masa de pinos que bordean la pista. Impacto contra uno de ellos, el que está sobre mí como un guardián vigilante. El golpe es brutal, tan brutal, que más allá

del dolor, lo que siento es una impresión extraña, durísima y desasosegante, la sensación de que mi cuerpo se ha partido en dos.

Lo noto. No sé cómo, pero lo noto. Alzo la cara de la nieve tratando de buscar las piernas, que sin duda deben estar cercenadas y separadas de mi tronco, y casi me sorprende encontrarlas en su sitio. Están allí, conmigo, pero no están. Es una sensación inexplicable, como si fuera consciente de que dentro de mí algo se ha desconectado, de que hay un lugar a partir del cual mi cuerpo ya no funciona. Percibo perfectamente cómo la vida se me acaba en el ombligo. Y en esas décimas de segundo soy plenamente consciente de lo que ha sucedido. Una lesión medular. Y una lesión medular es para siempre.

Aprieto los ojos, sin lágrimas. Aprieto los dientes, también. Reprimo un insulto, destinado a mí mismo. Serás imbécil, me digo, sin ningún motivo, culpándome por algo de lo que no tengo culpa. Mi mujer, Bea, mis hijos, mi trabajo, mis planes, los viajes previstos, las vacaciones, el segundo noviazgo que nos esperaba en cuanto los niños volasen de casa, las imágenes de un futuro perfecto se enredan en un torbellino en mi cabeza y desaparecen como tragadas por un desagüe.

Me recuerdo de adolescente, con la primera moto, el primer coche... y el miedo recurrente de mi madre, supongo que como el de la mayoría de las madres con hijos en estas edades. Ahora que soy padre, soy yo el que tiene esa situación en casa, y siempre nos ponemos en el peor de los casos posibles. Mi madre siempre amenazaba con llevarme al Hospital de

Paraplégicos de Toledo para que viera las consecuencias, la magnitud de los accidentes. Estar impedido en el imaginario que arrastro desde la infancia es peor que estar muerto. Siento como si me apagarán. Como si se me acabaran las ganas de vivir. Expulso el aire de mis pulmones como si quisiera acelerar ese momento y deseo estarlo. Estar muerto. Con un poco de suerte, el golpe habrá quebrado alguna rama y se desprenderá sobre mí. Solo quiero que ese árbol, a cuyos pies me encuentro, se desplome y acabe con todo en ese momento. Con el miedo, la agonía, el dolor, la certeza de que la vida me ha cambiado, la angustia de decírselo a Bea y a los niños, la condena que me espera. Que les espera...

Son pocos segundos, no podría decir si cinco o siete... Pero la desesperación que siento, la tristeza infinita me invaden a la vez que descubro que el instinto de supervivencia es mucho más fuerte que yo. Pienso que no estamos hechos para decidir sobre nuestra muerte. No nos corresponde. No fui yo quien decidió que tenía que nacer y, por tanto, tampoco morir. La vida es un regalo, a veces envenenado, pero también un subidón. Entre vida o muerte, siempre vida, con lo que esta traiga. Me rehago. Respiro. Toso un poco de nieve y veo que puedo mover el cuello y los brazos. Me concentro en mi respiración para que sea profunda y serena. Trato de apoyarme en los codos y ahora sí, ahora escucho las voces de mis amigos que bajan tras de mí. Les oigo detenerse, escucho sus voces con cierta alarma, probablemente al ver que no me muevo. ¿Han tardado tanto en alcanzarme o es que todo está pasando muy despacio?

—¿Popeye? Fer, tío, ¿estás bien?

Quizá bien no sea la palabra, pero el momento de morirse ha pasado. La cabeza me funciona perfectamente. A toda velocidad. Pienso, ¡arriba, tigre, que esto ha venido para quedarse! No lo digo en voz alta, porque incorporarme es algo que de momento no me puedo permitir.

—No me toquéis, chicos —advierito—. Id llamando a la estación y avisad de que tenéis aquí a un lesionado medular.

Se quitan los esquís. Los ponen en cruz señalizando el accidente. Se arrodillan junto a mí.

—¿Qué dices, hombre?

—Lo que oyes. Anda, id llamando, que no puedo levantarme. No siento nada de cintura para abajo.

—Será momentáneo. El golpe, ya verás.

No es por consolarme. Lo creen de verdad. Me ven hablar, razonar, no hay sangre y hace tres minutos íbamos soltando bromas en el remonte y decidiendo dónde cenar esa noche. Nadie está preparado para asumir un accidente cuya magnitud es incapaz de ver. Salvo el que lo siente.

—Bueno, lo que sea, pero id avisando, anda.

Nos quedamos esperando a la camilla. Jorge hace señas a otros esquiadores que hacen amago de detenerse para socorrernos de que sigan porque la situación está controlada. ¿Controlada? Si no me doliera tanto el pecho, el costado o lo que sea, tendría ganas de reírme. Me tapan con una chaqueta técnica para que no me enfríe, tumbado como estoy en la nieve. No puedo evitar pensar que la hipotermia probablemente sea ahora el último de mis problemas.

Mis amigos han hecho los deberes y los pisteros de rescate que descienden hasta nuestra posición vienen con una camilla preparada para lesiones como la mía. Se trata de sacarme de allí sin moverme mucho. Son profesionales. Su tono es firme y amable. No intentan tranquilizarme porque increíblemente estoy tranquilo. Yo veo la preocupación en las miradas que intercambian, en sus gestos cuidadosos y precisos. Excavan un agujero a mi lado en la nieve y extienden una camilla hinchable.

—¡Qué barbaridad! Y qué práctico. Esto lo tenéis bien ensayado, ¿eh?

Sonríen a medias. Soy yo el que intento transmitirles serenidad para que la urgencia de la situación no les juegue malas pasadas y hagan bien su trabajo, sin nervios. Estoy en sus manos, al fin y al cabo. Mis amigos se miran también. Son conscientes de que, en efecto, no puedo levantarme por mis propios medios, pero no estaré tan grave si puedo hacer bromas, ¿no?

Los pisteros me deslizan con cuidado sobre la camilla, la hinchán, me ponen una manta térmica, me aseguran a ella, se ajustan de nuevo el equipo y se preparan para ponerse en marcha rumbo a la estación.

—Estoy bien, lo estáis haciendo de lujo, nos vamos cuando queráis.

Hablo con cierta dificultad y me duele al respirar, si no seguramente estaría más ocurrente.

—Es mejor que no se esfuerce en hablar —me recomiendan—. Quizá tenga alguna costilla rota. Cualquier cosa podría agravar su estado. Espere hasta que podamos evaluarlo.

Yo tengo la evaluación hecha ya, pero no quiero compli-carles el día desde primera hora. Atado, como una larva a la camilla, siento cierto consuelo al no poder moverme en abso-luto, como si fuesen las correas las que me privan de forma momentánea de la movilidad. Uno de ellos me recoloca las gafas y sube la pequeña capota de la camilla para evitar que el sol me dé de lleno en la cara. El cielo de Baqueira, sobre mi cabeza, es de un azul radiante, como a estrenar. Las copas de los pinos dibujan un semicírculo perfecto.

Nos ponemos en marcha y los pisteros me sonríen de nuevo levemente, tal vez sorprendidos de que conserve el humor en esa situación. Mis amigos se proponen seguirnos, pero yo se lo impido.

—¿Qué decís? ¡No os voy a fastidiar el día a todos!

—Pero, Popeye, ¿cómo te vas a quedar solo?

—No voy a quedarme solo. Y con lo que sea voy a llamar para avisaros. Ya me he chafado yo la mañana. No tiene sentido que os la fastidiéis todos.

—¿Llamamos a los demás?

—No, cuando paréis a comer, lo comentáis. Para enton-ces seguro que ya os he dicho algo...

No parecen muy conformes, pero no les dejo muchas más opciones.

—¿Llamamos a Bea? —insisten.

Bea. Mi mujer. Bea, que siempre ha vivido obsesionada con un accidente que la dejara viuda. No creo que para ella la silla de ruedas hubiera sido una posibilidad en esos pensa-mientos monstruosos que de vez en cuando nos acechan a

todos, pero quedarse viuda, con cinco niños a la espalda..., si es algo con lo que ha llegado a soñar, incluso. Bea, que ha aprendido con el tiempo a desterrar el miedo y a permitirse ocultarlo para que los demás pudiéramos disfrutar. Bea, que me ha animado a hacer este viaje con mis amigos porque me lo merecía. Bea...

Va a ser duro.

—Ni hablar. A Bea la llamo yo.

Muguruza asiente. Es un tipo fuerte mi amigo Muguruza. Y pese a la aparatosa operación de rescate, él me ve bien.

—Vale. Ve contándonos. Nos vemos abajo.

No le quito la ilusión, pero yo ya sé que voy a tardar un tiempo en volver a verle.

En la estación no pueden hacer por mí mucho más de lo que ya han hecho. Tienen que llevarme a un hospital, pero la urgencia y este tipo de lesiones desaconsejan un traslado en ambulancia. Avisan al helicóptero que aterriza en un estrépito de motores en una pista cercana al lugar de mi accidente y me trasladan al hospital de Vielha. Es poco menos de media hora en coche, pero por el aire tardamos unos cinco minutos. Me siento como el soldado herido en unas de esas películas de marines.

En Vielha me hacen una primera inspección sin bajarme siquiera del helicóptero. El gesto de los profesionales que me atienden lo dice todo. Es un centro especializado en traumatología, pero yo ya sé que mi condición les desborda. Ojalá fuera tan fácil como una pierna rota. Cuando me dicen que tienen que avisar a otro helicóptero para trasladarme a Bar-

celona, comprendo que mi autodiagnóstico inicial estaba más que acertado.

—No tardará nada. De momento está usted estabilizado. Allí podrán atenderle mejor.

La mirada desolada del joven médico que me atiende es tan transparente que casi me dan ganas de consolarle.

El siguiente helicóptero tarda menos de veinte minutos en estar preparado. Este sí que tiene un aspecto impresionante. Es una unidad medicalizada y junto a mí viajan un médico y un enfermero. No puedo evitar recordar que hace menos de dos horas, estaba junto a mis amigos, en un fin de semana de chicos, desayunando todos juntos y planeando el que iba a ser un día perfecto. Partimos rumbo a Vall d'Hebron y los facultativos aprovechan el trayecto para ir haciéndome pruebas prediagnósticas. Imagino que quieren tener una imagen más o menos clara para cuando aterricemos en el hospital. Me admira su profesionalidad y su eficacia.

—Bueno, ¿cómo me veis?

—De momento consciente, que no es poco.

—Vale, ¿y algo que yo no sepa?

—Que no tiene usted ningún órgano reventado.

—No está mal. Es la segunda buena noticia que tengo hoy. El enfermero me mira con cierta sorpresa.

—¿Cuál es la primera?

Intento sonreír.

—Que sigo vivo.

Me han cortado la ropa para poder hacer algunas de las pruebas, porque desvestirme adecuadamente no es una opción.

Mi cartera y mi móvil permanecen sobre una mesita plegable, como objetos que me fueran ajenos, procedentes de una vida anterior. El médico devuelve a la cartera mi DNI después de anotar todos mis datos y me mira con gesto grave.

—Quizá tengan que sedarle en el hospital. No sé si su familia ya está avisada de que le estamos trasladando...

¿Trasladando? Mi familia no está enterada de nada.

—¿Qué hora es?

—La una y media.

Lo que puede cambiar la vida en apenas unas horas. En Madrid un sábado a esa hora Bea estará preparando todo para comer con los niños. O quizá haya quedado con sus amigas para tomar un aperitivo. En cualquier caso, no sé si habrá un momento mejor. Creo que nunca hay uno mejor para contar estas cosas. Hay que hacerlas y ya.

—Pues si no le importa, doctor, pásame usted mi móvil. Tengo que darle la noticia a mi mujer.